

Rostros de la ardentía

Rostros de Paraguaná, Mérida, Fundación Cultural Josefa Camejo, Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela, ULA-CDCHT, Grupo Tiquiba, 2002, 186 pp.

Entre el cielo inmenso y la sequía, entre la tierra agrietada y el viento silbador, se reúne un cúmulo de rostros que han visto de cerca angustias y esperanzas disipadas bajo el sudor y la pátina de los años. Así, entre sueños y desvelos, se han labrado de surcos los *Rostros de Paraguaná*.

Isaac López, historiador y docente de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, ha logrado en este nuevo libro reconstruir un paisaje interior que es mucho más que horizonte, más que sequía. Conformado por veinte retratos que dan testimonio de un afán de vida, una labor sostenida, un mucho que contar, revela la infatigable huella del tiempo, es decir, de la memoria.

Fausto Goitía, Justiniano Madriz, Vicente Barreno, José Trinidad Madriz, Perucho Vargas, Héctor M. Peña, Guillermo de León Calles, Elisa Moreno, Domingo Hidalgo, Genoveva de Castro, Otoniel Salas, Miguel Geerman, Fito Primera, Paula Rojas, León Bienvenido Weffer, Felipe Toledo, Rosendo Medina, Antonio Lavino, Eloísa Colman y Alí Primera. Hombres y mujeres, convocados en el hallazgo

de su labor, para un caudal infinito de anécdotas, semblanzas, y homenajes, donde cada uno a su manera, en evocación y presencia, se va haciendo obra y no solamente un nombre en el recuerdo.

Estampas, cuentos, crónicas, son las aristas de un testimonio que es imprescindible para resguardar los valores de Paraguaná, un pueblo singular en nuestro país. Hombre y paisaje, hombre y memoria, se fundan para acercar no solo una historia de vida o la impronta de un sueño, sino un afán infinito de la esperanza, concretado en esa posibilidad casi única de poder abarcar, en el privilegio del pueblo o la ciudad pequeña, la genealogía, el tránsito vital, donde a cada uno corresponde un nombre y un hacer, no la deleznable anonimía del sujeto prisionero de las grandes ciudades, que para bien o para mal, encierran al sujeto en una soledad no siempre concurrida.

Por ahí van muchos, todavía con su fardo de misterio, otros siguen viviendo en la evocación, de todos hace Isaac un paradigma de valores. Sacrificio, bondad, ejemplo. Eso que no debe faltar a las nuevas

generaciones, vacías muchas veces de memoria. La prisa de los años va dejando sus huellas en las calles, en las casas, en los alledaños. Isaac, que es historiador lo sabe bien. Y por eso se ha dado la tarea de crear puentes entre el hoy que se va de las manos y el ayer que permanece gracias a la palabra y al testimonio. El hombre es lo que hace, es su oficio el que lo inserta con propiedad en un determinado grupo humano, y su labor se convierte en un arte de la vida si se ejerce con plenitud y pasión. En este álbum de caleidoscópicos rostros hallamos a hombres y mujeres signados por sus quehaceres: poetas, cantantes, alfareros, pescadores, bohemios, fabuladores, boticarios, sobanderos, comadronas y maestros, todos los oficios convergen en este pueblo de sed. Por la urdimbre de la obra imperecedera se va tejiendo el rostro del pueblo que se niega a la mudanza. La memoria del pueblo es la memoria del tiempo, de este siglo de desencanto que apenas da vuelta de hoja y nos sitúa en esa verdad del viejo narrador, quien estaba convencido de que se es más universal cuanto más afianzado se está en los valores del pueblo, así *también los hombres son ciudades*.

El libro viene acompañado de un hermoso prólogo, escrito por el poeta y narrador Alberto Hernández, cronista de otros pueblos, acuciador de las palabras enraizadas en el corazón de la memoria. Y ése es un privilegio que acerca a los dos autores: devoción compartida por la peque-

ña comarca, el pueblo íntimo que viaja en cada uno, y el que se contrasta con el “amor de ciudad grande” que atesoraba José Martí, diluido en sus muchas calles, en sus tantos rostros, un paisaje humano que se pierde en su propio anonimato. Acierta Alberto Hernández cuando en la impronta de un solo hombre sintetiza el alma y el ser de los otros, un Hombre que es “tierra moldeada, avivada por el viento y el barro de esta región, donde la lluvia es añoranza y la sequía persistencia”.

El privilegio del cronista del pueblo pequeño radica en que la memoria de sus parientes mayores ha viajado con él como bajo un escudo de iluminada protección. Un manojo de oficios vividos, en la veintena de rostros que en este libro conforman una especie de intrahistoria, que Unamuno definía como un puente: “si hay un puente histórico, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia”, y eso tiene que ver con la exploración en la lengua, el paisaje, los códigos de valores, los sentimientos religiosos, la literatura, los afectos, en fin, con el ser de la gente.

Todo esto permite valorar desde la aparentemente simple presencia de un hecho, que luego se vuelca en motor de acciones, hasta las grandes tragedias colectivas; los pequeños

actos de amor que pueden llegar a simbolizar un todo en quien desde la distancia y el tiempo busca reconciliarse con aquello que muy cautamente pudiéramos llamar la esencia. Como en la vieja y hermosa saga de los padres formadores en la tradición maya-quiché; Tepeu y Gucumatz, en el *Popol Vuh*, construyen el hilo: “ésta es la historia de la tierra contada a partir de la historia de los hombres”.

También habría que decir, como un acto de justicia, que este nuevo esfuerzo de Isaac López viene a confirmar una terca y sostenida voluntad de organizar los linderos de la memoria colectiva de su pueblo, con transparencia, amor y honestidad. Por supuesto habrá quien saque cuenta de las ausencias, de los detalles que no se cuentan, de alguno que otro olvido. Isaac guarda muy bien, celosamente su genealogía y se previene ante esos —por los momentos— postergados recuerdos. Ya vendrán algunos a enmendarle la plana al osado “Isaíto”, como sin cariño lo ha llamado alguna vez alguien incómodo por las opiniones y comentarios con que Isaac ha hecho alguna crítica en la prensa falconiana. Aquí hay un punto de partida, un aporte significativo a eso que la academia considera fuentes para la historia regional. El tiempo irá haciendo su parte con otros nombres y nuevos rostros, pero este libro es sin duda un homenaje de gratitud, un reconocerse en la raíz de la historia, y sobre todo representa el afianzamiento de un sentido de pertenencia del que muchos adole-

cen. La gente de Pueblo Nuevo y Paraguaná toda, debe sentirse orgullosa de ese hijo que ha hecho del juego de la memoria un nuevo álbum donde podrán ver su rostro las generaciones por venir.

Gregory Zambrano